

—Carlos, a la cama —le ordenó su madre.

—Estoy viendo tele, má —con sus ocho años no se podía esperar una contestación distinta. La voz de la madre surgió desde la cocina donde secaba los platos de la recién terminada cena.

—Mañana tenés colegio, y sabes que si no te acostás ahora después te quedas dormido y te ponen media falta.

El chico se levantó a regañadientes y enfiló hacia el baño donde estuvo unos minutos y luego se dirigió hacia su habitación. La luz permaneció encendida media hora más. Cuando la madre pasó frente a la puerta Carlitos estaba muy concentrado en un video juego de bolsillo.

—Vamos, Carlitos —le dijo sacándole el video juego de las manos.

Carlos murmuró algo acerca de pasar el récord y se metió en la cama, tapándose hasta la nariz. El mes de julio se hacía sentir.

—Levantate rápido cuando te llame mañana —le dijo su madre y dándole un beso en la frente apagó la luz de la habitación, y salió, dejando la puerta entreabierta.

Carlitos dio vueltas en la cama hasta que todas las luces se apagaron y la casa quedó en silencio.

Afuera, la noche estaba despejada y la luna llenaba la habitación con una luz blanca y espectral. Todos los objetos habían perdido su color y solo se diferenciaban por sus distintos tonos de gris. El viento soplabá entre los árboles sin hojas, produciendo un sonido largo y ululante, como si algún extraño animal estuviera del otro lado de las ventanas.

El niño no podía dormirse, una extraña sensación de peligro lo invadía. Parecía que algo había entrado en la habitación y lo observaba, amenazador. Quiso prender el velador de su mesa de luz, pero la llave se negó a funcionar.

"La tormenta" —pensó tratando de darse ánimo —"Cada vez que hay tormenta se corta la luz". Volvió a mirar. Ni una sola nube opacaba el cielo.

Miró la cómoda sobre la que descansaban sus juguetes. El payaso de trapo se reía de él, mirándolo fijamente. Carlitos hubiera jurado que era una sonrisa despectiva la del muñeco. Sintió como el miedo lo agarraba de la garganta y se tapó todavía más con la frazada.

"Puedo prender la luz de arriba" —se dijo, y se destapó. Pero no llegó a poner los pies en el piso.

Algo se había movido bajo la cama. Tenía la clara sensación de que en cuanto pisara el suelo unas manos esqueléticas y frías lo agarrarían de los tobillos para meterlo en un agujero oscuro y húmedo.

Se volvió a tapar y entonces la vio. La sombra estaba en la pared a su derecha.

Por un momento creyó que alguien estaba parado junto a su cama y apenas pudo reprimir un grito.

La silueta de un hombre alto y flaco se dibujaba con nitidez bajo la mortecina luz que llenaba la habitación. El sobretodo que colgaba de sus hombros tenía el cuello levantado, tapando sus rasgos, excepto el prominente mentón y una nariz ganchuda como el pico de un ave de rapiña. Un sombrero de ala ancha caía, inclinado, sobre los ojos.

Un escalofrío recorrió la espalda del niño cuando vio los ojos sin vida de los muñecos de peluche fijos en él, a la expectativa, esperando que sucediera algo.

La vista de Carlos se posó por casualidad en el perchero que estaba en la esquina de la habitación y se tranquilizó.

"¡Después de todo es sólo ropa colgada!"—pensó. En ese momento la sombra giró la cabeza hacia él.

Sobresaltado se incorporó en la cama y volvió a mirar, pero su imaginación le había hecho una jugarreta, la sombra estaba inmóvil, exactamente igual que hace un momento. Bueno, quizá estaba un poco mas cerca de la cama.

Miró la sombra durante un tiempo que le pareció interminable y llegó a la terrible

conclusión de que la sombra sí se movía en dirección a su cama, lenta pero inexorablemente se acercaba a la cabecera.

Por primera vez en su corta edad se sintió acorralado. La sombra aproximándose a él y esa otra cosa que lo esperaba bajo su cama.

Durante dos horas el niño no se movió, apenas respiró y un sudor frío mojó la cama.

Cuando la sombra ya estaba junto a la puerta la respuesta estalló en su cerebro.

"¡La luna! La sombra se mueva porque la luna que ilumina mi habitación también lo hace !" —respiró aliviado y todas las soluciones le llegaron en tropel.

"El gato está durmiendo bajo la cama, eso es lo que se movió, los ojos de los muñecos no tienen brillo porque son de plástico...". Ahora sus reacciones y el miedo anterior le parecieron casi cómicos. Sonrió.

Se sentó en la cama y mirando fijamente la figura delineada en la pared le dijo, en tono desafiante:

— ¡No te tengo miedo!

— Me alegro —le respondió la sombra cerrando lentamente la puerta...

FIN